

## 20. Preocupados por la conversión del corazón

Si la conversión de nuestro corazón adquiere una importancia universal, si la manifestación al mundo de la santidad de Dios depende de ello, entonces debemos preguntarnos si realmente le damos esta importancia.

Lo que solemnemente prometemos en el momento de la profesión, ¿realmente lo tomamos en serio? ¿Es realmente importante para nosotros? ¿Es realmente importante para la comunidad que nos acoge y ratifica nuestros votos? ¿Estamos realmente preocupados los unos por los otros por la conversión del corazón? ¿Nos estimulamos fraternalmente a realizar la obra de Dios, no sólo y no tanto para levantarse por la mañana para orar, sino por la obra que Dios quiere cumplir en el corazón de cada hermano o hermana, por la obra profunda que el Espíritu quiere cumplir en cada uno de nosotros?

Preguntémonos sinceramente: ¿estoy realmente preocupado por la conversión de mi hermano, de mis hermanos o hermanas de comunidad y por la conversión de todos?

Es una pregunta que todos deberían plantearse, en cada estado de vida y vocación, por ejemplo, con respecto a la propia esposa o esposo, a los hijos, hermanos, amigos, colegas: ¿me importa la conversión de su corazón, me importa la obra del Espíritu en él, en ella, la de transformar el corazón de piedra en corazón de carne, hecho por Dios para vivir a Su imagen y semejanza, para vivir de Su amor divino?

Porque esta pregunta coincide con otra, a saber: ¿te importa la verdadera felicidad del otro? ¿Amo a mi prójimo como a mí mismo, deseando la felicidad profunda de su corazón como normalmente deseo la mía? Pero como con frecuencia deseo de una manera equivocada la felicidad de mi corazón, también deseo una felicidad falsa para los demás. Y deseo de un modo falso mi felicidad y la de los demás cuando no quiero que Dios cambie mi corazón y el corazón de los demás, cuando no estoy dispuesto a que el Espíritu Santo transforme nuestro corazón de piedra en un corazón de carne, en un corazón modelado por el Señor, *sensible* – precisamente porque es de carne y no de piedra– hasta dejarse herir por la Palabra de Dios, por Dios que a través de su Verbo, Cristo, nos crea y nos recrea, y que por eso nos atrae al desierto, como lo expresa admirablemente Oseas: "He aquí, la atraeré hacia mí, la conduciré al desierto y hablaré a su corazón" (Os 2,16).

Porque, como lo sugiere Ezequiel, y toda la Biblia, de esto depende la manifestación de la santidad de Dios en el mundo; de esto depende que el nombre del Señor en el mundo, es decir, su presencia salvadora, no sea profanado sino adorado, y, por lo tanto, aceptado y pueda obrar y salvar a la humanidad.

Seamos sinceros, a veces existe en la comunidad más preocupación por ayudarnos a trabajar, por hacer que el monasterio funcione, o por cantar decentemente el Oficio Divino, etc., o incluso por no molestarnos demasiado, que la preocupación

por ayudarnos unos a otros a convertirnos, que la preocupación por la conversión del corazón, que la preocupación para que el corazón de cada miembro de la comunidad sea un corazón vivo y no un corazón de piedra.

¿Qué es un corazón vivo? Un corazón vivo es un corazón libre, un corazón capaz de amar, un corazón feliz, un corazón que se arrepiente de sus pecados, un corazón que está atento, que escucha, un corazón sensible a las necesidades de los demás, un corazón misericordioso, un corazón que percibe cuánto está Cristo enamorado de nosotros. Un corazón vivo es un corazón manso y humilde, como el de Jesús, es decir, un corazón que no busca la afirmación de sí mismo, sino la de Dios y de los hermanos. Un corazón vivo es un corazón indiviso, que ama con fidelidad, sin escapes, incluso si es difícil. Un corazón vivo, por encima de todo, es un corazón que se deja crear por Dios en cada latido, que se deja moldear por el Señor a su imagen, es decir, un corazón que ama al Dios que lo ama.

¿Estamos preocupados por esto para nosotros y para nuestros hermanos y hermanas?

Fijémonos que Ezequiel habla de este corazón recreado por el Espíritu llamándolo "corazón nuevo" (Ez 36,26). Y la característica principal de esta "novedad" del corazón radica en el hecho de que este corazón es un regalo de Dios, que nos ha sido dado por Dios: "Te daré un corazón nuevo, pondré un espíritu nuevo dentro de ti; Te quitaré el corazón de piedra y te daré un corazón de carne".

La novedad verdadera y profunda que podemos experimentar es la de ser un don de Dios, que Dios nos da lo que somos en profundidad, nuestro "yo" más profundo. Nuestro corazón no es un órgano, un músculo, ni siquiera un conjunto de nervios o sentimientos psicológicos, sino el punto de conciencia de nosotros mismos en el que reconocemos que somos un don de Dios. Somos un regalo de Dios en el centro de nosotros mismos, en la raíz de nosotros mismos, y, por lo tanto, en todo lo que somos, tenemos y vivimos. Es por esto por lo que el corazón es también la sede de nuestra alegría, de nuestra felicidad, porque lo que nos hace felices es el sabernos amados, el sabernos dados, y se nos da el corazón para ser conscientes de esto. La alegría en nosotros es la gratitud que surge de la experiencia de ser un regalo de Dios, y solo esta gratitud, esta conciencia, nos hace capaces de amar con gratitud, transmitiendo la superabundancia de lo que llena nuestros corazones.

No es necesario que esta conciencia sea siempre sensitiva, que se perciba sentimentalmente. Santa Madre Teresa de Calcuta ha pasado su vida desbordando en los demás la conciencia de ser un regalo de Dios sin sentir nada. La fe es más profunda que los sentimientos. Pero, gracias a Dios, nuestra pequeña fe es ayudada por el sentimiento de ser amados que Dios nos hace experimentar, a menudo a través de otros.

Esta "novedad" del corazón es la verdadera juventud del hombre. Una juventud que no depende de la edad, y que se experimenta más y mejor en la vejez que en la juventud. La Iglesia se está preparando para el Sínodo de los Obispos sobre el tema: "Jóvenes, fe y discernimiento vocacional". Cuán importante es que ayudemos a los jóvenes a descubrir que la verdadera juventud es un "corazón nuevo", un corazón dado por Dios. Hay jóvenes que dan este testimonio a los "mayores" de una manera excepcional, y que de este modo les permite a todos aceptar de Dios la conversión del corazón y, por lo tanto, una nueva juventud. Al igual que hay ancianos que dan este testimonio de juventud de corazón a los jóvenes. Pero para todos es importante entender la juventud, la novedad, en su raíz, allí donde Dios quiere y puede renovar siempre los corazones de las personas, a cualquier edad, en cualquier condición que se encuentren.

En la Iglesia se está haciendo un gran esfuerzo para comprender a las nuevas generaciones, tan diferentes de las anteriores en la superficie. Pero no debemos perder el nivel profundo del misterio del hombre en todas las épocas y culturas, de todas las edades y condiciones: solo Dios puede hacernos nuevo en el corazón, solo Dios nos da un corazón nuevo, y esto siempre quiere hacerlo, siempre nuevamente, y esto es lo que revela su santidad en el mundo: "Entonces las naciones sabrán que yo soy el Señor, oráculo del Señor Dios, cuando mostraré mi santidad en vosotros ante sus ojos" (Ez 36,23b).